

LA SONRISA INOLVIDABLE



Mi abuela Amelia está muy rara desde hace un tiempo. Piensa que está en la granja con sus padres, como de pequeña, no sabe abrir la puerta de casa y lo que más me ha sorprendido es que el otro día metió su camión en la nevera.



Ayer, mi abuelo llamó a mi madre muy preocupado, se había dejado la puerta abierta; mi abuela salió pero no supo volver y fueron unos vecinos quienes la encontraron sentada en el banco del parque con la mirada perdida. Mi madre tranquilizó a mi abuelo diciéndole que mañana los visitaríamos.

La casa de mi abuela estaba situada a las afueras de la ciudad, en una pequeña urbanización. Tardamos en llegar una media hora y mis padres no hablaron en todo el camino; iban tristes, aunque no sabía muy bien porqué.

Ya en casa, mientras yo jugaba con las muñecas, mis padres aprovecharon a hablar con mi abuelo, ya que pensaban que estaba distraída:

-No podemos seguir así, tú estás enfermo y no puedes cuidar de ella solo.

-No pienso dejarla sola.

-Es lo mejor tanto para ella como para ti.

-Sí, es verdad que, últimamente no me encuentro muy bien.

-Si prefieres podemos llevaros a los dos a una residencia y así os pueden cuidar mejor.

-Yo no quiero vivir en una residencia, siempre he vivido en esta casa y no quiero perder tantos recuerdos...



Al final mi abuelo y mi abuela fueron a la residencia, pero el abuelo Manuel debido a sus problemas de salud, falleció al cabo de unos meses.

Mi madre decidió que la abuela se fuera a vivir con nosotros tras la muerte del abuelo, ya que sentía que el abuelo no había podido cumplir su deseo de morir en casa.

La abuela cada vez está peor, ya casi no puede andar, y solo sabe decir unas pocas palabras.

Ayudaba a mi abuela contándole aquellas historias que un día me relató ella misma y le enseñaba fotos sobre cuando era pequeña. Pero ella no entendía nada, no sabía quiénes eran las personas de las historias y de las fotos.

Pero ella siempre me sonreía y con ese simple gesto sabía que aún me recordaba.

Un día la abuela Amelia se olvidó de respirar. Los padres de Julia se lo contaron de la forma más bonita que se les ocurrió:

-Hija, la abuela Amelia se ha ido con el abuelito al cielo, y allí podrán ser felices para siempre.

Ella se sintió triste, pero supo que siempre iba a recordar esa sonrisa.



En nombre de todos los colaboradores de este trabajo, nuestro más sincero apoyo a enfermos, cuidadores y sobre todo familias que deben aprender a vivir con esta enfermedad.

PORQUE NADIE DEBERÍA MORIR OLVIDANDO SU VIDA.

